esta paz, y que los ojos de todos los séres estaban fijos en ella, esperando ver la felicidad universal que habia de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad vos mismo, ó Criador omnipotente, ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éstasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡Oh Padre, hé aquí á vuestro único Hijo que me habeis dado para darlo yo al mundo, pues le amais hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, héos aquí en persona, que todo os habeis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amais hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, hé aquí vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: él os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y vos le habeis formado en medio de los tiempos en el seno de su madre!

»Venid, ángeles del cielo, hé aquí á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

»Venid, hijos de Adan, hé aquí al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza, hélo aquí ahora formado á la vuestra: hé aquí á vuestro hermano, pues es hijo de vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros, pero sobre todo hé aquí á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

»Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras, y vuestros padres esperaron. Hé aquí cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros, he aquí la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida! Ven, tú misma, ó eternidad, eternidad venturosa: hé aquí el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las mansiones de la gloria.» Ahora

pues, viendo esto la que es causa de nuestra alegría, como la llama la Iglesia, y que á ella tienden todos los séres las manos, y que ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiria rebosar en su pecho en la hora dichosa de su alumbramiento divino! Cierto que no podia diferenciarse mas de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de afliccion y dolores.

CAPÍTULO XIX.

El que Jesus saliese del seno de su Madre sin la mas mínima lesion de su virginal integridad, es un milagro, pero no lo es tan estraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequeñito como al nacer, sino con la estatura de hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos dias despues entró sin abrir puerta ni ventana en el cenáculo, donde estaban encerrados los Apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre-vírgen, dejándola siempre vírgen.

Santa Brígida en sus *Revelaciones* dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazon de María se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplacion que le parecia estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos. (Algunos santos Padres aseguran que en aquellos instantes de

inesplicable dicha vió claramente la divina esencia). Tambien estaba San José en un éstasis delicioso, y María, alzando al cielo las manos y los ojos en suavísimo rapto de amor divino, arrodillóse y vió delante de sí nacido á su único Hijo.

No hubo de esta maravilla mas testigos que los ángeles, que admirando lo que allí pasaba, llenaban el establo de Belen. Predicando San Vicente Ferrer sobre la natividad del Salvador, dijo «que al salir del seno de su Madre apareció resplandeciente como el sol cuando sale del seno de la aurora, y que aquella hora de la media noche se tornó en un hermoso dia.» Santa Brígida lo confirma en el libro séptimo de sus *Revelaciones*, de cuyo lugar se han tomado las líneas anteriores. No fué menester que ninguna otra persona cuidase de su Niño : ella misma, como dice San Lucas, le envolvió en pañales pobrecitos, y en el pesebre le acomodó y reclinó con delicada blandura. Pero antes y en el instante mismo en que vieron sus ojos al adorable Niño de celestial belleza y majestad divina, figúrome en contemplacion amorosa una escena bellísima y sublime : María quedó por algun tiempo inmóvil y remirándole absorta : por el profundo respeto de que estaba poseida, no se hubiera atrevido ni aun á acercársele para besarle el pié ; pero el Niño volviendo á ella los ojos con una amable sonrisa, y tendiéndole los graciosos bracitos, parecia invitarla á que le tomase en los suyos y le reclinase en su pecho y le pusiese sobre la hoguera de su corazon y le acariciase y le destilase en los labios el suavísimo néctar de su leche!

El amor y el respeto combatian en ella, y la tenian perpleja : el respeto y reverencia á la divina Majestad que veia anonadada sin haber perdido por ello nada de su gloria y grandezas, la retraia y hubiérala impedido tocarle con la mano ; mas por otra parte solicitábala el amor, apremiábala y estrechábala á besarle y abrazarle con toda la efusion de su ternura. ¡Oh Rey del mundo! le dijo : eres el Dios omnipotente que adoro ; y se postró y le adoró con humildad indecible é imponderable veneracion. Mas tambien eres hijo mio, formado con mi sangre y el mismo que he llevado nueve

meses en mis entrañas! Eres mi amado, mi vida, mi alma! Y dicho esto, derretida en dulzura, y toda transportada de gozo, y toda inflamada de amor, le cogió respetuosamente, le estrechó á su corazon, y solo Dios sabe lo que entonces pasaria en los corazones del Hijo y de la Madre.

Despues de aquellos primeros transportes de su ternura, le envolvió en los pobres pañales que á este fin tenia preparados, y no hallando lugar mas cómodo ni mas decente, le reclinó en el pesebre de los animales sobre un poco de heno y paja. Fué allí donde considerándole reducido al estado mas pobre y en el lugar mas abyecto que hubiese sobre la tierra, y entre dos animales, siendo el Dios que reina en las alturas entre el Padre y el Espíritu Santo y recibe los homenajes de los ángeles, caia en un tierno desmayo producido por el asombro y la gratitud á aquel esceso de bondad, que la Majestad divina manifestaba á los hombres.

¡Oh Dios eterno! ¿Eres tú el que veo niño, que aun no tiene una hora de vida? ¿Eres tú, Dios inmortal é impasible, soberano principio de toda vida? ¿Y te has hecho pasible y mortal para morir por nosotros? Omnipotente Criador del universo, ¿cómo te vén mis ojos en un cuerpecito tan pequeño? Señor de los señores, á quien todo obedece, ¿cómo te sujetas ahora á la última de tus siervas? ¡Oh Santo de los santos! ¿cómo te muestras en traje de pecador? ¡Oh Dios omnipotente, á cuya mirada se estremecen las cumbres de los cielos! ¿Eres ahora tierno niño y tan débil que no puedes tenerte en pié? ¡Oh infinita Sabiduría, oh Palabra eterna de Dios! ¿Cómo te has reducido á tan humilde silencio? ¡Oh profundidad de los consejos divinos! ¡Oh esceso incomprensible de bondad, dulzura, amor y misericordia! ¿Qué entendimiento nó quedará abismado y perdido en la inmensidad de tantas maravillas?

Todo esto decia la Señora con un fuego tan celestial que parecia que el corazon se le saliese por los labios, y lo que á estos no era dable espresar, significábanlo sus ojos con elocuentes lágrimas de ternura. Y luego callaba como para recogerse á una meditacion profunda ; pero el divino Infante

acariciándola de nuevo la despertaba de aquella especie de sueño misterioso, y con sus lindísimos ojos y su risueña carita solicitábala á seguir solazándole con la melodía de su voz, que le enamoraba y deleitaba mas que toda la música de los ángeles; y proseguia ella diciendo: ¡Oh Rey de los reyes, oh Señor de los señores, oh supremo monarca del mundo, cuán elevados sobre la humana sabiduría son los caminos de tu Providencia!

Los reyes de la tierra nacen de una reina poderosa, y tú, Emperador del cielo y de la tierra, has querido nacer de una pobre doncella, esposa de un carpintero: nacen regularmente los reyes en la capital de su imperio; y tú has escogido una aldeilla: al nacer se recibe á los reyes en un palacio magnífico; y tú eres recibido en un establo: á los reyes en el momento que nacen, se les pone en cunas no menos blandas y regaladas que ricas y suntuosas; y tú, gran Rey de los reyes, tienes por cuna un pesebre y un poco de paja y heno: á los reyes al ver la primera luz del dia rodea una pomposa corte compuesta de los señores y príncipes del reino; y á tí, gran Rey del cielo, no te acompañan en tu nacimiento mas que dos animales, un buey y un asno, ni tienes á tu servicio mas que tu Madre y José. ¡Oh majestad humillada! ¡Oh Niño, cuánto, cuánto hay que admirar en tus humillaciones!...

Pero algun dia se verá postrarse á tus piés á aquellos poderosos reyes de la tierra, se les verá venir á adorar tu infancia; aquellos hijos de emperatrices que nazcan en sus palacios y en sus grandes ciudades, rodeados de una corte brillante y numerosa, recibidos en púrpura, opulencia y grandeza, vendrán algun dia á tus divinas plantas á confesar que su majestad es baja condicion de esclavos comparada con la tuya; que sus palacios suntuosos son viles chozas cotejados con el establo en que naces; que sus muebles preciosos, sus muelles y magníficos lechos, y su corte tan numerosa, augusta y noble son bajeza y miseria en parangon de las grandezas que acompañan tu nacimiento. No, no será posible considerarle sin admirarle; solo él será venerado por todas las generaciones: solo él vivirá eternamente en la memoria

de los ángeles: solo él será celebrado con admirable magnificencia todos los años y en toda la Iglesia y por todos los siglos. ¡Oh divino Infante! ¿Cómo podria ser esto, si verdaderamente no fueras un Dios todopoderoso?

«¡Hermoso Niño recien nacido! Tú eres el omnipotente Dios mio, único hijo mio, fruto bendito de mis entrañas, tú eres mi Dios, eres el Criador de todos los séres. Sí, tú mismo en persona, eres mi hijo, mi propio hijo, salido ahora, ahora mismo de mi seno, eres mi padre, mi señor, mi criador, mi Dios, el Dios omnipotente que adoro.» Al decir esto volvia á postrarse á sus celestiales plantas toda derretida en dulzura, toda abismada en profundo respeto, y toda lánguida de amor, é inclinándose devotamente le repetia: «Yo te adoro, majestad infinita de mi Dios, que por mi amor y por el de toda la naturaleza humana te has dignado reducirte á tan pobre estado.»

Luego alzando algun tanto los ojos para contemplar el hechicero rostro de su Niño, entraba en un éstasis de júbilo. «¡Oh rostro divino todo lleno de gracias! ¡Oh belleza, que los ángeles del cielo desean remirar continuamente, hartos siempre y siempre hambrientos de verte! Te admiro, te adoro, te ofrezco todos los ardores de mi corazon! ¡Oh Dios de amor!» ¿Quién nos diria lo que pasaba entretanto en lo interior del Hijo y de la Madre? En aquella tierna Madre, inclinada sobre el bellísimo cuerpecito de su divino Infante, parecia que todo hablaba; su lengua, sus ojos, sus manos, su rostro, todo parecia animado por un mismo anhelo. El Niño por su parte le manifestaba un vehemente deseo de irse á sus brazos á gozar la dulzura de la leche de sus virginales pechos.

Descubren los Santos Padres tantas maravillas en el privilegio que tuvo María de alimentar con su leche al niño Jesus, que no tienen dificultad en compararlo al de su prodigiosa maternidad, teniendo ambos tanta conexion que la misma sangre, que en un principio fué la materia de su adorable cuerpo, vino á ser despues la leche que conservó y acreció su vida humana; y son tan semejantes que cuando se habla

del divino Infante en el seno de su Madre, puede entenderse ó sus purísimas entrañas que le formaron, ó sus virginales pechos que la dicha tuvieron de lactarle.

Aquellas eran veneradas por los ángeles como santuario de Dios; estos son admirados por el celestial Esposo como el objeto de sus divinas complacencias, diciendo en el *Cantar de los Cantares: Quam pulchræ sunt mammæ tuæ!* (Cant. 4, v. 10.) ¡Oh cuán bellos son tus pechos, hermana mia, esposa mia! Hermosos eran sus pechos á los ojos de Dios (segun uno de los mas devotos espositores del sagrado cántico), al ver que su Hijo estaba pendiente de ellos, gustando el néctar puro de una vírgen madre que se le daba con inefable delicia. Si es un Dios el que con ella se alimenta, es muy justo que sea virginal esta dichosa leche.

¡Cuál no seria el gozo espiritual de la Vírgen y qué inmensidad de divino consuelo inundaria su alma cuando tenia en sus brazos y estrechaba á su seno al Hijo del Dios vivo, al Criador del mundo, al que es el regocijo de los ángeles y la felicidad del universo, al que es su amado tesoro, su delicia y su todo! Si los reyes magos, solo por verle y adorarle en el pesebre, rebosaron en tan indecible alegría que no pudo espresarla el Evangelio sino aglomerando muchas palabras que significan lo mismo: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* ¡Qué gloria la de la Madre que siempre le poseia, continuamente le veia y tenia el privilegio envidiado por los ángeles de besar su adorabilísimo rostro, y de estrechárselo con tal frecuencia á su abrasado corazon! ¡Ah! ¿Qué decia y qué hacia aquel encendido corazon? Si no espiró de gozo, fué porque le sostuvo la diestra del Escelso.

«¿Qué haceis, Vírgen Santísima, qué haceis? Doy mi leche al que me ha dado el sér: le doy la leche que se convierte en su carne, la leche que se convierte en sangre de sus venas: esta carne que yo le doy, padecerá los tormentos de su pasion, y esta sangre que yo le suministro, se derramará en la cruz por la salud de los pecadores.—Señora, segun eso, ¿seréis vos quien pagueis sus deudas, y seréis por consiguiente su salvador?—No, nunca seré yo su salvador, sino quien á

su verdadero Salvador dá la carne y la sangre con que los salva; y por tanto es indudable que tengo una gran parte en la salvacion. Asi podrá decirse con entera verdad que él ha salvado por mí á todos los pecadores, y que yo los he salvado por él. Tambien podrá decirse que yo soy por él, y él por mí, quien alimenta con la santísima Eucaristía á los verdaderos hijos de la Iglesia; pues si de mí no hubiese recibido su cuerpo y su sangre, no los daria en comida y bebida. Y recibiendo el mismo cuerpo y sangre que yo le dí para ellos, puede muy bien decirse que cuando comulgan están como colgados de mis virginales pechos, saboreándose con la esquisita leche que destilan.»

¡Ah! no separemos nunca al Hijo de la Madre, ni á la Madre del Hijo en la grande obra de nuestra salvacion: si separamos al Hijo de la Madre, y le consideramos como si nada tuviese de ella, no tendrémos ni Salvador ni Redentor que pague con su sangre divina las deudas de nuestros pecados, porque no habrá una madre que con la leche de sus virginales pechos le suministre el precio de nuestro rescate. Lo que de ella recibe por la boca, algun dia nos volverán sus llagas, siendo tal la conexion de los pechos de María con las llagas de Jesus, que aquellos y estas son los ricos manantiales de nuestra salvacion eterna.

Aliéntate, hombre, esclama un Padre de la Iglesia, acércate confiadamente al trono de Dios, aunque seas culpable, pues tienes tan poderosos medianeros, al Hijo para con el Padre, y la Madre para con el Hijo; el Hijo muestra al Padre su costado abierto con la lanza, y la Madre muestra al Hijo su dulcísimo seno y los pechos que le lactaron: él y ella claman en tu favor con las voces de su sangre y de su leche, salidas de lo íntimo de sus compasivos corazones. ¿Negará el Hijo á la Madre lo que para tí le pida? ¿Negará el Padre á su Hijo lo que le pida en beneficio tuyo? ¿Pues cómo será posible que seas desechado? Y si aun lo temes, mezcla tus propias lágrimas á la sangre de Jesus y á la leche de María, y tén por cierto que alcanzarás misericordia.

San Bernardo tuvo el consuelo de verse entre Jesucristo

crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y María que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche : uno y otro objeto le enamoraba, uno y otro le robaba el corazon. ¿A dónde me volveré? decia. Por un lado me asegura la vida eterna esta sangre adorable, por el otro una leche virginal me hace gustar las dulzuras de un celestial maná. ¡Oh cuán adorables son ambas! ¡Oh cuán amables me parecen ambas! Véome suspenso entre una y otra, y no sé á cuál volverme : *Hinc pascor à vulnere; illinc lactor ab ubere : quo me vertam, nescio.*

CAPÍTULO XX.

Es de fe que esta Madre vírgen ha sido siempre purísima, y que su único Hijo fué la misma pureza, por lo cual ni el Hijo ni la Madre tenian necesidad de purificarse; pero Dios habia dado á los judíos una ley, que á todas las madres obligaba á tres cosas. 1.ª A presentarse en el templo á los cuarenta dias de dar á luz un hijo. 2.ª A ofrecer á Dios dos tórtolas ó dos palomas en sacrificio, á fin de purificarse con este acto de religion. 3.ª A ofrecer su hijo al Señor como un don, que de él habian recibido.

Es indudable que ni el Hijo ni la Madre habian menester de la purificacion, pues nada tenian de impuro; pero quisieron observar la ley para dar ejemplo á todo Israel, principiar la obra de la salud del mundo, y practicar las esclarecidas virtudes de obediencia, humildad, adoracion suprema á Dios,

sacrificio, oracion, devocion y otros muchos actos de la virtud de la religion, y porque espirando en aquel tiempo la ley antigua, y viniendo el mismo Dios á abolirla, parecia justo que la sepultase honrosamente en su persona.

Tres razones obligaban á todas las otras madres á la observancia de la ley, y las mismas manifiestan la exencion de María. Era la primera el pecado de nuestros primeros padres; y esta misma la esceptúa claramente, pues no ha tenido parte alguna en el pecado de orígen, y por consecuencia no es merecedora de su castigo como las otras mujeres. Cuando el Altísimo dijo á Eva : «tú serás madre con muchas incomodidades y al fin parirás con dolor,» no lo dijo por la Madre admirable que concibió á su único Hijo como en el esplendor de los Santos, abismada en un océano de gracia, y por obra del Espíritu Santo le llevó en su castísimo seno sin la mas leve incomodidad, y á los nueve meses le dió á luz, no solo sin dolores, sino antes bien con divino alborozo, conservando siempre intacta su virginal pureza. No estaba, pues, obligada á la ley de la purificacion, ni á permanecer lejos del templo como inmunda, ni á ofrecer á Dios el sacrificio de espiacion por el pecado.

La segunda razon, que sometia á las madres á la ley era el que sus hijos fuesen pecadores. Por consiguiente lo contrario formaba la gloriosa escepcion de María. ¿Pues quién se atreveria á decir que concibió en pecado al divino Jesus? ¿Nó era Dios, no era el Santo de los Santos, no era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Quién se atreveria á decir que la Vírgen produjo á un enemigo de Dios, á un objeto de su odio? ¿Nó es él la delicia del Padre y el objeto de su divina complacencia? ¿Quién se atreveria á decir que hubiese quedado inmunda por haber producido al Dios de la pureza, ó que estuviera obligada á ir á purificarse al templo la que era templo vivo de Dios?

La tercera razon que obligaba á las madres á la observancia de esta ley, era el dejar de ser vírgenes al recibir el título de madres. Claro es que esta ley esceptuaba á la Santísima Vírgen al obligar á todas las otras, pues por ser madre no